

no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes, ni pueden proceder con tropelia? Ellos en la declaracion conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposicion.—Es verdad, pero ¿qué gana tienes de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y Doña Matilde hablaban estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde; como verá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.

MUCHAS veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y Doña María. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata despues de referirle lo acaecido, le dijo como iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente, y así dijo que la intencion era muy buena; pe-

ro la hora muy incómoda, pues era medio dia, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que seria mejor ir á casa de Doña Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de D. Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y á su marido, á Pomposa, al padre D. Jaime y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocían bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrevian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados; pero serenos respecto de sí mismos, menos la beata que ni durmió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, pa-

ra cumplir con las obligaciones de cristiana, según decía.

Doña Enfrosina á las tres envió el coche á su cuñada, mandándole decir que fuera luego luego, que le importaba mucho porque allá estaba la tía Doña María.

El coronel recibió el recado con aquella serenidad que inspira la inocencia: y sin apresurarse se levantó de su sofá, tomó chocolate, hizo que lo tomaran Matilde y Pudenciana, que estaban con harto susto, y así que concluyó dos cartas que tenía que enviar á la estafeta, mandó que se vistieran las señoras, tuvo cuidado de que se previniese lo perteneciente á la casa, y cuando ya estaba todo organizado, cerró las puertas principales, tomamos el coche y nos fuimos para la casa de su cuñada.

Cuando llegamos, la hallamos toda alborotada, porque ya habían dado la cuatro, la beata porfiaba por ir á su negocio y todos rodeados de ella se lo impedían.

Luego que vió al coronel y su familia, cerró los ojos, se tapó las orejas, y con unos gestos de energía decía: "dejenme salir de aquí, yo no quiero conversar con herejotes: los aborrezco, los detesto, los abomino. Si estos fueran mi padre y mi madre, haría lo mismo que voy á hacer. Sí, sí: primero es Dios y su santa fé que todo el mundo."

Sin embargo de que los visages de la beata tonta escitaban la risa de los circunstantes, no dejaban de esperar malos resultados los amigos y deudos del coronel y su familia, mucho mas cuando notaban que la denunciante no desistía de su intento.

La sensible Matilde y amorosa Pudenciana padecían mas que todos en aquella ridícula escena, y con lágrimas en los ojos procuraban aplacar á su tía; pero en vano. Esta mas se irritaba al oirlas hablar, y creyendo que aquel llanto era efecto del temor del merecido castigo por su culpa, se empeñaba mas en salirse con la suya.

El coronel instaba que la dejaran ir donde quisiera, que no tuviesen cuidado, que él se defendería, que aquello no era nada; mas sus razones no calmaban el sentimiento de los suyos ni el temor de sus amigos: y así mas por serenarlos á todos que por otra cosa, determinó sosegar á la tía María, lo que consiguió de esta manera. Déjenla, señores, decía en voz alta, déjenla, que vaya donde quiera. Yo tambien tengo que acusarla, y los dos quedaremos en la cárcel: yo por herege, y ella por gentil. ¿Yo por gentil? preguntaba la beata muy apurada.—Sí, señora: por gentil ó gentil, como usted quiera. Herege es el que niega alguno de los misterios de la fé que profesó en el bautismo, y gentil es el que carece en lo absoluto de esta fé ó conocimiento sobre-

natural.—¿Pues qué yo no tengo fé?—No, ni sabe usted qué cosa es fé.—¿Cómo no? *La fé es un conocimiento sobrenatural, conque sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos enseña.*... Es así que usted no cree lo que Dios dice, ni lo que le ha enseñado la Iglesia, luego no tiene fé; y si no tiene fé, es gentil... Descomulgadote, ¿quién asegura que yo no creo lo que me enseña la Iglesia?... Yo lo digo, y se lo voy á probar á usted en sus bigotes; y si no lo probare bien, á juicio de estos señores cristianos que nos oyen, desde ahora para entonces y desde entonces para ahora, me obligo en toda forma con mis bienes habidos y por haber, á que refresquemos todos de mi cuenta esta noche: item mas, á darle á usted treinta pesos para un hábito nuevo de cristal, y á que mi muger y mi hija le hagan unas tocas nuevas. Vamos á argüir: sentémonos

El estilo festivo del coronel calificó su inocencia, é hizo reir á todos, hasta la beata, que segura en que no le podían probar que era gentil, concibió la lisonjera esperanza de afianzar los treinta pesos prometidos, y así, sentándose en compañía de los demas, escuchó al coronel, que se esplicó de esta manera.

Ya ustedes, señores, habrán advertido que la tia Doña María se ha escandalizado grandemente por una proposicion que me ha oido. Todos los dias hay gentes que se escandalizan, y otras que temen

escandalizar sin fundamento, sino solo porque ignoran lo que es escándalo. Doña María es una de ellas: y así ustedes me permitirán que le esplice brevemente lo que es escándalo, por lo que nos pueda importar. Oiga usted, señora.

El escándalo, segun los moralistas, se divide en activo y pasivo. Activo es el que uno da con acciones ó palabras que causan ruina espiritual al prójimo, y este se puede dar no solo con acciones malas prohibidas, sino tambien con buenas y lícitas: por ejemplo, licito es que yo acaricie á Matilde; pero si fo hago con ósculos y abrazos delante de algunos jóvenes de ambos sexos, ya no es licito, por el escándalo que puedo darles, particularmente si ignoran que es mi esposa.

Escándalo pasivo es el que se recibe de las mismas acciones.

El escándalo activo se divide en especial y general. El primero es el que se da con intencion de que otro peque y se condene, y este se llama *pecado de demonios*. El segundo es el que se da sin ese fin determinado, sino solo por la complacencia que nos resulta de la accion, como el que da á una muger el que la induce al pecado, no precisamente porque peque y se condene, sino por satisfacer su apetito.

El escándalo pasivo es de tres maneras: farisaico, de párvulos y de frágiles. El primero es aquel es-

cándalo que se recibe no porque la accion sea en sí mala de modo alguno, sino por la depravada malicia del que la ve, y se escandaliza aun de las cosas buenas, como se escandalizaban los fariseos de que Jesucristo hiciera milagros en sábado.

El escándalo de párvulos es el que nace de una ignorancia natural, como si uno se escandalizara de ver trabajar en domingo, sin saber la necesidad ni la dispensa con que se hacia.

El escándalo de frágiles es el que se recibe por nuestra humana miseria, que toma ocasion para pecar de cualquier cosa.

En vista de esta doctrina, ya usted entenderá que su escándalo ha sido de párvulos, porque lo ha ocasionado su ignorancia; pero si despues que yo explique mi proposicion siguiere escandalizándose, ya entonces es su escándalo farisaico, y por lo mismo despreciable.

Yo dije, señores, que no fué obra milagrosa sino muy natural, que esta niña no se matara, cuando siendo pequeñita cayó de un balcon sobre un monton de lana; y á seguida aseguré que ningun santo, ni la misma Reina de los cielos puede hacer un milagro.

Esta señora no esperó razones, sino que tapándose las orejas, se salió de casa escandalizada de tamaño heregía. Cuando solo se oyen medias palabras ó no se entiendo el sentido de ellas, es fácil

sacar consecuencias criminales de las cosas mas inocentes, y formar los conceptos mas ridiculos. Estas son las ventajas que ofrece la ignorancia junta con el atolondramiento. La ocurrencia de la respetable Doña María me ha hecho acordar de un chiste que le voy á referir para que escarmiente y se divierta. Un pobre hombre llamado Blas, encontró un encorozado en una calle: este llevaba un letreiro en la coraza que decia: *Por Blasfemo*: el buen hombre solo leyó la mitad del rótulo, porque la otra mitad estaba al lado opuesto de su vista y sin mas averiguacion marchó para su casa, y lleno del mayor susto le dijo á su muger: "hija, por Dios, que de hoy en adelante no me digas Blas: dime Juan, Antonio, Pascual ó lo que quieras; pero no me digas Blas por vida tuya, porque es un gran pecado llamarse Blas, y tanto que sacan encorozados á los Blases..... ¿Cómo así? preguntaba su muger muy admirada: eso no puede ser.... Si puede ser, hija: acabo de ver uno encorozado por Blas.

Se rieron todos muy de gana con el cuentecillo del coronel, menos la beata, pues esta se avergonzó bastante, y mas cuando Don Rodrigo prosiguió diciendo: ¿Qué les parece á ustedes, señores, de la candidez de aquel buen hombre? Seguramente que hubiera acompañado esta tarde á Doña María de buena gana, y entre los dos me hubieran ido á delatar por

Blas. Pero dejemos las chanzas, y pasemos á des-escandalizar á mi parienta.

Los señores saben muy bien lo que voy á decir, y aun mi muger y mi hija, pero usted señora, no lo sabe, y es preciso que lo sepa. Atiéndame.

Una de las señales características de los milagros, es que sean contra la naturaleza; esto es, que superen sus leyes ó las venzan. Y ¿quién puede dominar la naturaleza, sino su Autor Supremo? Por tanto, solo Dios puede hacer un milagro: solo Dios puede hacer que el fuego no queme, que se multiplique en un instante una sustancia, que se trasmute en otra, que un ciego rematado vea con lodo, que un muerto corrompido resucite, etc. Para conseguir esto de Dios es muy oportuna la interseccion de los santos, y por lo mismo nos es muy del caso aprovecharnos de su valimiento, y solicitar su patrocinio en nuestras aficciones. Ellos son amigos de Dios, y sus ruegos son oídos de su Magestad con agrado. Esto es lo que pueden hacer los santos por sus devotos; mas no hacer un milagro, pues no alcanza á tanto su poder: entonces podrian lo mismo que Dios, y serian otros dioses, cuyo absurdo no cabe en la imaginacion de un católico. La naturaleza solo se sujeta á su Criador, y aun cuando obedece á los hombres, lo hace mandada de su autor. Si una peña herida por la vara de Moisés produce agua: si el sol

detiene su curso á la voz de Josué, no fué porque aquel legislador ni este general tuviesen poder para ejecutar estos prodigios, sino porque Dios mandó á la piedra que diese agua, y la dió; quiso que el sol detuviese su carrera cuando Josué hablase, y el sol se detuvo. Así sucede siempre: manda el Señor, y la naturaleza obedece sus preceptos.

Y así cuando se dice que la Virgen Santísima, que este ó aquel santo son muy milagrosos, hemos de entender que Dios ha hecho muchos prodigios por su intercesion; mas no que ellos los hayan hecho.

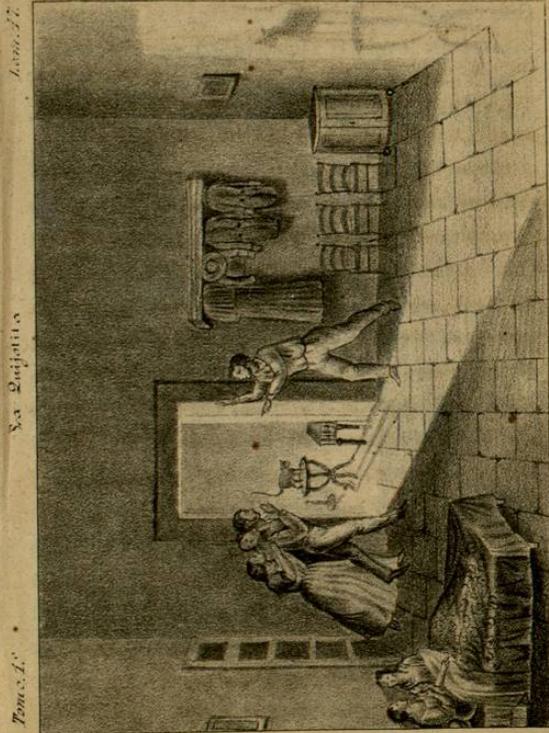
Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por muchos en punto de milagros. ¿Qué le parece á usted, Doña María?—Qué me ha de parecer? sino que cuanto usted dice, ni me toca ni me tañe, porque yo no soy teóloga.—Pero es usted católica cristiana, y como tal no debe ignorar los principios de la religion que profesa.—Pues yo sé muy bien el catecismo y tengo la fé del carbonero, y con eso me basta.—Se engaña usted, señora: el saber el catecismo sin entenderlo, no basta; y el atenerse á la fé del carbonero, que segun el cuento decia que él creia lo que creia la Iglesia, es una excusa muy grosera para defender la mas torpe ignorancia.

Semejantes profesiones de fé no son sino una irrision y un insulto que hacen á la misma religion muchos que blasonan ser miembros de ella; porque

si á un ignorante se le dice que la Iglesia enseña un error que tenga alguna apariencia de piadoso, no dudará en creerlo un momento, y ya se sabe que en materias de fé, tan malo es creer errores, como ignorar las verdades de que debemos estar instruidos.

Pues usted dirá lo que quisiere, señor coronel, decía la respetable beata, pero yo no me he de meter en camisa de once varas. Allá los estudiantes como usted se entenderán con su *latinorum* y teologías, que á mí me basta con creer en Dios á puño cerrado, y caiga quien cayere; y en eso de milagros, yo he de creer todos los que vea escritos en los libros y puestos en las iglesias: y si son mentiras, allá se lo hayan los que dan licencia para ello, pero á mí no me toca meterme en averiguaciones. Yo sé que cuando una cosa se pone con letras de molde, ya ha pasado por los ojos de los calificadores, que desde luego serán muy leídos; y así cuando dan licencia para que una cosa se imprima, ya sabrán que es muy cierta, y que no hay ningun peligro en que todos la lean.

Lo mismo digo de las muletas, cabelleras, retablos y milagros de cera y de plata que se cuelgan en los templos y los altares de los santos: milagros deben de ser, media vez que todos dicen que son milagros: á fuera de que, una vez que los ponen, será con licencia del cura, del guardian ó de quein corre con



Lam. 17

Ya Despetito

Tom. 1.

el santo. ¿Qué mas es necesario para creer que son tan ciertos como los artículos de la fé? porque cuando el cura lo dice, estudiado lo tiene; y si no lo estudió ¿qué me importa?

Yo fuera una judía si pensara que los censores no saben lo que aprueban, y que en las iglesias cada uno pone lo que quiere llamar milagro, sin que nadie le diga, por ahí te pudras. No; Dios me libre y me tenga de su santa mano para que yo no piense estas tonteras.

Concluyó la tia su discurso, con el que se divirtieron bastante los que la oian, y el coronel le dijo: En efecto, señora, usted padece mil equivocaciones, y lo peor es que está obstinada, y ha de costar mucho trabajo el convencerla. No obstante, sepa usted que todos esos retablitos que se presentan y dedican á los santos en sus imágenes, no son signos de milagros, ni pueden serlo sin la calificación y declaración de la Iglesia. Se permite que se coloquen en los templos, para que los fieles desahoguen su devoción y gratitud; y porque, tal vez el vulgo ignorante, si careciera de esta libertad, caería en el error de creer que ni los santos intercedian por nosotros en las necesidades, ni Dios nos dispensaba tan francamente sus favores, y este error seria mas pernicioso que el primero: pues, de creer que Dios hace mas milagros que los necesarios, no se sigue injuria á su Om-

LA QUIJOTITA, N. 19. TOMO II. 11.

nipotencia; pero de creer que no los puede hacer, ó que nos escasea mucho sus favores, se insulta su poder soberano y su misericordia liberal. Sin embargo, sería de desear que todos entendieran que el poder de hacer milagros es privativo de Dios, y que los santos únicamente pueden suplicarle que los haga cuando convenga á su gloria y bien nuestro.

Asimismo debían todos saber que no se le puede dar crédito á cuanto está impreso, solo porque están las letras estampadas con moldes, ni porque se lea en las carátulas que están con las licencias necesarias. Esta es una simpleza que trae funestas consecuencias entre la gente idiota, que vive persuadida á que se debe creer como de *lé* cuanto está impreso, en virtud de que ven ó han oído decir los muchos pasos, censuras, licencias y dinero que cuesta la publicación de una obra; y alucinadas con estos aparatos, no pueden convencerse de que haya falsedades en los libros, siendo así que no hay heregía ni desatino que con licencia ó sin ella no esté impreso: de lo que resulta que se empapan en mil errores que leen sembrados en muchos libros que traen vidas de santos anoveladas, y milagros apócrifos.

¿Qué alto concepto no se formará del poder falsamente atribuido al demonio, el ignorante que lea en la vida de Santa Genoveva á aquellos títeres con

que la hechicera en un espejo la representó infiel á su marido?

¿Qué idea tendrá de la Providencia divina, siempre celosa de nuestro bien, al ver la facilidad con que permitió que se ultrajase públicamente el honor de su sierva, y que padeciese tantos trabajos, sin mas fin, á lo que parece, que acrisolar su paciencia, cuando pudo haberlo hecho por otros medios que no indujesen un escándalo general? Y por último, no es fuerza que tengan al dicho por un tonto de primera marca al ver cómo creyó que los ojos y lengua de un carnero, que se presentó por milagro, eran de una muger y tan su conocida como suya? Yo á lo menos no creeré estas cosas ni sus iguales, mientras no me las asegure por ciertas la Silla de San Pedro.

La historia de S. Cristóbal es otro zurcido de mentiras que pasaron y aun pasan entre el vulgo. Todavía hay quien crea que fué gigante. La novena lo dice, y así se ve pintado; luego es verdad, se debe creer, y negarlo fuera heregía. Tal es el idioma del vulgo.

¿No sería bueno desengañarlo, diciéndole que no fué gigante, ni sirvió al demonio, ni lo dejó porque este se espantó con la cruz; ni sucedieron las patrañas que de él se cuentan, sino que fué uno de

los héroes que murieron por confesar la fé de Jesucristo?

Así es que fuera bueno se enseñaran, dijo prontamente la sencilla beata; pero si no fué gigante ¿para qué lo pintan tamañote en las iglesias? ¿Acaso son tontos los que las cuidan? A fé que no: bien saben lo que se hace, y si esto fuera fábula no sería usted el primero que lo dijese, y habiéndolo otros dicho, es regular que se omitiese que siguiera el vulgo con este error, quitando de las iglesias las pinturas gigantescas de S. Cristóbal; pero una vez que no se ha hecho así, sin duda que fué tan gigante como ese Goliás que cuentan, ó ese Salmeron á quien vide con mis propios ojos. Pero sea lo que fuere, yo tengo en mi casa una cabeza de S. Cristóbal hermosa de grande, ya se vé como de gigante cananeo y soy muy devota y le enciendo una velota de á medio: pues, el día que lo tengo que no están los tiempos para fiestas.

Se reían todos de buena gana de estas sandeces, menos el coronel que se compadecía de ellas; y así, cuando tuvo lugar dijo: Se echa de ver, señora, que sus padres de usted fueron cristianos y que le dieron una piadosa educacion; pero por desgracia esta se ha deslucido con la multitud de extravagancias y preocupaciones que adquirió desde sus primeros años, y de las que será harto difícil se desprenda.

El afecto que usted le tiene á S. Cristóbal sin duda es loable, pues su intercesion como la de los demas santos, es poderosa para alcanzarle del Señor las gracias que le convengan, pero no es loable la credulidad de usted acerca de su desmesurado tamaño. Antiguamente se divulgó entre sus devotos que cualquiera que viese su imágen no moriria en aquel dia de muerte mala, sobre lo que se compuso este verso:

*Cristophori sancti specimen quicumque tuetur,
Ita nanque die non morte mala morietur.*

En castellano puede traducirse así.

De muerte repentina ó azarosa

No morirá cualquiera que mirare

La imágen de Cristóbal prodigiosa.

En fuerza de esta creencia supersticiosa todos deseaban ver la efigie del santo, y como dice el señor Muratori: "El que deseaba frecuente concurso á su Iglesia, pintaba en la fachada á este santo en esta tura de gigante como lo fingen las fábulas de su vida." Ya ve usted, señora, y qué origen tan erróneo trae ese pedazo de cuento que usted cree. Semejante á esto son los que autoriza la credulidad del vulgo.

¿Qué cuentas tengo yo con eso? decia la beata: dejemos que sea cierto lo que usted dice, que eso, ¡quién sabe! pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos y ¡santas pascuas!

Cada vez que hablaba la tía Doña María, reían mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenia en desimpresionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistia, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de estas mi tutor, varió conversaciones: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oracion, y que una muger en la calle, sola y de noche estaba muy espuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aun tenia riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones: las visitas hablaron un poco mas sobre diversos asuntos, y se despidieron: el coronel, D. Dionisio y las señoras se pusieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO X.

En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la tímida Quijolina.

Muy inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversacion de sus mayores: rabiaba por bullir á

Pomposa acerca de la buena vida que habia entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la temia un poco, porque Pomposa no era boba y habia leído mucho, aunque sin órden ni eleccion, pero le sobraba labia para aturdir á los menos avisados; y así me nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud, porque tenia complacencia en oír las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? Fatalmente, hermana: ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo?—Ya se ve que no; ¿pero qué, tú lo viste?—Toma si lo ví, y todo entero. —Ay, qué feo será!—Endemoniado, niña. Míralo tú con su cabeza de cochino, sus cuernos de toro, sus zancas de chivo y su rabo de mono.—Muy despacio lo estuviste mirando segun la descripcion que me haces.—Apenas lo ví en un abrir y cerrar de ojos; porque luego luego me envolví la cabeza, y empecé á gritar á papá con todas mis fuerzas; pero en aquel instante se me quedó en la imaginacion su abominable figura del modo que te la he pintado.—Ya se ve, prima, que como tú eres viva, fué fácil que se te quedara en la imaginacion! y mas que, segun nos contó tía María, lo viste otra noche.—Ay, niña, ojalá y no lo hubiera visto! y luego

para rematar la cosa, ya te contarían lo de los golpes que oí en mi cabecera, que no sé cómo no me he vuelto loca del susto. Y con razón, niña, decía Pudenciana; pero mira, esos golpes tal vez los darían en la vecindad de atrás.—¡Qué vecindad ni qué nada! si la pared de esa recámara cae al patio del meson, donde no hay gente ni puede haberla, y mucho menos á tal hora.—Pues siendo así, prima, ¿á qué podremos atribuir esos espantos?—¡Ay, hermana de mi alma! ¿á qué los hemos de atribuir sino á avisos y particulares inspiraciones del cielo? Así lo juzgó mamá y yo también.

Puede ser así, decía Pudenciana, y eso creo que se conoce mejor por los efectos, según dice mi padre.—Pues si en eso se conoce, avisos han sido, y muy seguros, porque ha sido tal el susto que hemos llevado, que ya no queremos prestarnos á los alborotos del mundo. Mi madre y yo nos hemos ido á confesar: las tertulias de casa se han suspendido, y yo he reformado mi traje y mi vida enteramente.

Yo me alegro, hermana, de esa mudanza de costumbres tan repentina. Lo que le has de pedir á Dios, es la perseverancia: porque suelen algunas conversiones como la tuya ser solo llamaradas de petate, que tan pronto se encienden como se apagan.—Así serán; pero la mía no es de esas, gracias á Dios. Cada día me siento mas robusta para seguir

el camino de la virtud. ¿Mas quién no lo ha de seguir, al considerar que esta triste vida no es otra cosa sino una cadena de desgracias que nos rodea por todas partes? ¿Qué son los placeres del mundo sino aparentes bugías que nos deslumbran para no ver las eternas verdades? Las mayores satisfacciones que tú y yo podemos apetecer en nuestra edad, ¿qué son, sino unos encantos tan lisonjeros como vanos? Es verdad que sus apariencias son brillantes, pero su resplandor es de oropel sin una gota de sólido valor, y si no, advierte Pudenciana, si todos los dones de la naturaleza y la fortuna, reunidos en una sola persona, serán capaces de proporcionarle aquella sólida felicidad á que aspira su corazón, si este no se halla tranquilizado con la gracia.

Todo lo tuvo Salomon: juventud, hermosura, salud; riquezas, talento, poder y una multitud de bellezas que lo adornaban. ¿Quién debía juzgarse mas feliz entre los mortales? Todos lo tenían por tal, menos él mismo que registraba su corazón, y hallándolo desabrido en el centro de los placeres, hubo de conocer que todos ellos eran vanidad de vanidades, tormentos y aflicción de espíritu.

Pues si esto pasó á Salomon, ¿qué deberé yo esperar cuando estoy tan distante de verme en el colmo de la dicha en que él se vió? ¿No es preciso que conozca lo que es el mundo, cuáles sus deleites, cuáles

sus esperanzas y cuál el premio que se prepara á sus secuaces?

Yo, prima mia, estoy convencida de estas verdades, y no quiero hacerme ya sorda á los divinos llamamientos. Los de estas noches han sido muy eficaces y sobrenaturales para ser desatendidos: y así á lo que aspiro es á resarcir de alguna manera tanto tiempo como he perdido disipada con las bagatelas del mundo: y como al paso que temo el infierno, y quiero entablar una vida cristiana, conozco cuán difícil puede ser esto en mi edad y en medio de las concurrencias del siglo, estoy pensando separarme de él enteramente.

¿Y de qué modo has pensado esa separacion? decía Pudenciana. En eso está mi duda, eso es en lo que yo vacilo, contestó Pomposa. Dos caminos se me ofrecen para retirarme del mundo, y en los dos hallo mil dificultades que vencer. El Monasterio y el Yermo son seguramente dos asilos contra los peligros de una sociedad corrompida como la nuestra; pero se necesita mucha madurez en la eleccion.

Los conventos son sin duda unos planteles de virtud; pero en estos hay muchas personas enclaustradas, no todas con vocacion, no todas por su gusto, no todas perfectas, y todas humanas, miserables y con pasiones que á cada instante se rebelan. De esto se sigue que son como indispensables algunos chismes,

rivalidades, envidias, disgustos y otros defectos que si no impiden el llegar á la perfeccion alguna vez detienen ciertamente á quien desea llegar pronto á semejante estado. Es muy difícil esclavitar la voluntad al gusto de los superiores, y mas difícil conformar el propio genio con el ageno, hacerse á todos los pareceres sin hipocresia, condescender con diversas opiniones, sin delinquir contra la ley, y luchar contra nuestros naturales sentimientos.

Cuando no haya otra cosa en los claustros, yo sé bien que no faltan estos crisoles en que afirmar una virtud perfecta, pues donde hay muchas monjas, niñas y mozas ó criadas de servicio, hay sociedad, y donde hay sociedad hay peligro. En conclusion: en los conventos hay su mundo, y en el mundo, cualquiera que sea, hay mil riesgos, que son los que pretendo yo evitar.

Por tanto, estoy por decidirme por el Yermo, y me parece que mi vocacion es de Ermitaña.

Pero qué tendrás valor para ser ermitaña? decía Pudenciana.—¿Y por qué no? contestaba Pomposa. Es cierto que á los principios me espantará la soledad del campo, el triste ruido de los árboles, especialmente por la noche: me será desagradable hasta lo sumo la dureza de las peñas, lo insípido de las yerbas, lo oscuro de los valles, el rugido de los leones y la ninguna compañía de los mortales, sin contar con

lo extraño que le será á este ruin cuerpo carecer de todas las comodidades que ha disfrutado, como son del gusto de su paladar, el abrigo y lujo de las carnes, la molicie de su cama, y la carencia de todos sus acostumbrados pasatiempos.

¿Cuál debe ser, prima mia, el sentimiento que experimentaré mi espíritu al separarme para siempre de papá, de mamá, de mis tios, de tí, de mis amigas, y..... (no te escandalices), de mis finos adorados? ¡Oh! la separacion de estos dulces y estrechísimos objetos de mi amor ha de ser el sacrificio mas costoso que pueda hacer mi voluntad al Ser Supremo; pero ¿qué no se debe hacer por conseguir el cielo? y así yo desde esta hora ermitaña me llamo y no otra cosa.

Pero qué ¿tendrás valor para emprender un género de vida semejante?—¿Y por qué no? ¿Soy yo de otra masa que fué Santa Rosalía? No por cierto: esta ilustre doncella era mas jóven, mas tierna y delicada que tu prima; y tuvo bastante valor para salirse sola de su casa, abandonar el mundo, y retirarse á la cueva de Quisquina; ¿por qué pues, no tendré yo igual intrepidez para imitarla?—Es verdad, decia Pudenciana; pero esa princesa fué una heroína, y no todos tienen una misma firmeza, ni una misma vocacion ni auxilios. Mi papá dice que todos estamos muy espuestos á equivocarnos con nuestras opinio-

nes, y que en las mugeres los fervorosos y repentinos impulsos de devocion no suelen ser sino viarazas, y efectos de una oculta soberbia, refinada, con la que se creen capaces de hacer lo mas grande y mejor que han hecho los santos inspirados particularmente por Dios, pero que en la realidad muchas acciones de sus siervos son mas para admiradas que para seguidas, y yo creo que la resolucion de Santa Rosalía en salirse de su casa, es una de ellas, y tú no debes imitarla sin una inspiracion particular, y con permiso de tu confesor. ¿Ya se lo has consultado?—Yo no, ¿para qué? si tengo ó no esas inspiraciones, yo lo sé. El confesor tal vez las dudará, y me impedirá poner en ejecucion mis designos, ó porque no los crea justificados, ó porque no tenga el mismo fervor con que yo me siento animada, y así, si me resolviese, yo sabré lo que he de hacer cuando sea tiempo. Pero dime, ¿cuántos caballos tiene mi tío en su casa? Dos, y el macho del mozo, respondió Pudenciana; mas ¿por qué haces esa pregunta?—Ya lo sabrás; y entre tanto que Dios dispone lo que ha de ser de mí, te encargó mucho y á usted tambien (me decia á mí) que reserven esto con el secreto conveniente; y tú, hermana, no tengas cuidado de tu prima, que ni será la primera muger que habite en las soledades, ni que se familiarice en ellas con los ángeles.—¡Ay! pues qué, Pomposita, ¿tú tienes espe-

ranza de familiarizarte con los ángeles?—¿Y por qué no? si mi virtud se perfecciona, ¿qué embarazo tendrán los espíritus celestiales para bajar á consolarme y confortarme en las asperezas de mi retiro? ¡Oh! con qué alegría no escucharé, tendida sobre la verde yerba, los himnos y motetes que me cantarán los encendidos serafines; y con cuánto regocijo y humildad.....

A este punto llegaba el delirio de Pomposa, cuando una criada entró á avisarnos que era hora de cenar, y los señores nos esperaban en la mesa. Con este motivo se deshizo nuestra tertulia, y fuimos todos al comedor.

Durante la cena, movió el coronel la conversacion sobre los espantos anteriores. Todos los de la casa los afirmaron, asegurando que habian sido sobrenaturales, y segun como los pintó la pobre beata. El bueno de D. Dionisio, aunque decia no haber visto nada, con todo esto, no tenia valor para negar lo que afirmaban su muger y su hija.

Así que se desahogaron á su gusto y contaron las patrañas que tenian en la cabeza, el coronel con mucha flema les dijo: Ya ven ustedes todo eso, pues no hay nada. Todo no ha de pasar de alguna causa natural, que nose ha podido averiguar, ó acaso serán efectos de la acalorada fantasia de mi sobrina. Tío, usted me dispense, dijo Pomposa; pero yo puedo ju-

rar que ví al diablo con estos mismos ojos con que veo á cuantos están aquí.—Yo no lo dudo, hija; mas tú sabes cuánto nos engañan los sentidos. Con esos mismos ojos ves los montes azules, una vara derecha, torcida en el agua, el sol del tamaño de una tortera ó comal grande, y las estrellas como unos pequeños diamantes, y sin embargo de que así ves todos estos objetos, ninguno es como lo ves, sino enteramente distintos. Conque nada seguro es el testimonio de tus ojos, si es el único que tienes que alegar para que yo te crea.

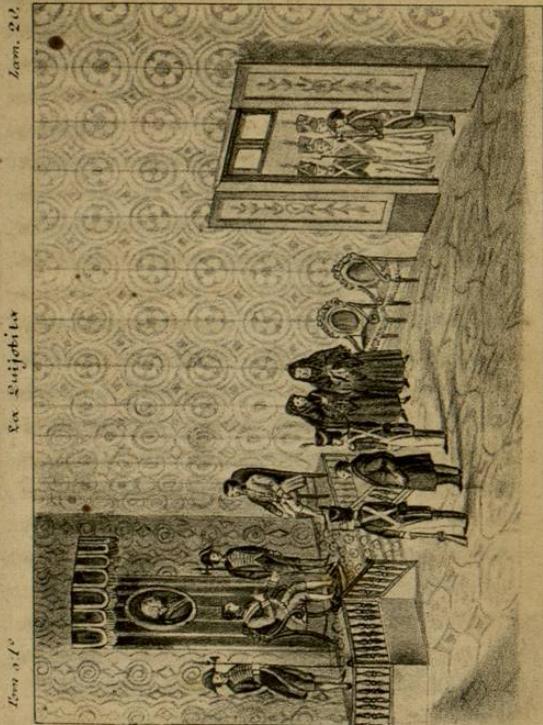
Hija mia, y usted hermana: no se engañen ni fomenten ese espíritu espantadizo y asombradizo. Nuestros sentidos nos fingen los objetos distintos de lo que son en sí muchas veces, y nuestra fantasia nos alucina sin sentir. Esta mas que los moldes, ha impreso ¡cuántas veces! milagros falsos y revelaciones apócrifas, de los cuales muchos están condenados por la Santa Iglesia, y otras todavía dudosas sin merecer su aprobacion canónica. Las revelaciones de la madre Agreda son unas de ellas.

Nuestra alma, encareelada en la materia, padece como el cuerpo sus dolencias, y tal vez son sus enfermedades inconcebibles é incurables como las de este. ¿Quién creerá que un general valiente, que no temia un gran número de enemigos patrocinados de la formidable artilleria, temblase á la presencia

de un raton? ¿Quién se persuadirá que el célebre Taso, hombre instruido, ingenioso y uno de los talentos que honraron la Italia, creyese que se le aparecía un espíritu sabio que lo ilustraba? ¿A quién le cabrá en el juicio que el gran Pascal se persuadiese muchas ocasiones de que á su lado estaba un precipicio, y con tal vehemencia que aseguraba la silla y hacia poner tablones y otras cosas para no caer? Volvía en sí cuando sus amigos curaban con sus reflexiones su delirio, pero dejándolo, á poco volvía con el mismo. Nadie creeria estas estravagancias de tales sabios si no las refirieran autores tan calificados de veraces entre los literatos, como son Blanchard y Muratori. Pues si unos hombres ilustrados, eruditos, estudiosos, se dejaron preocupar de su imaginacion tan fuertemente, que llegaron á ridiculizarse algunas veces, ¿qué mucho será que ustedes se engañen, ó las engañe su misma fantasía?

Estos señores se engañarian, decia Eufrosina; pero mi hija no se engañó: en la segunda noche me parece que le vi los cuernos al enemigo.—No se preocupe usted, hermana, contestaba mi tutor, ni usted ni ella le han visto cuernos, ni cola, ni nada. Todo eso es histérico, hipocondría ó delirios, y no otra cosa.

D. Dionisio siempre hacia el papel de miron en estas escenas: no hablaba una palabra, fuérase por



su poca instrucción, ó por su mucha prudencia para no contradecir á su muger, pero esta vez no pudo disimular; habló y dijo:—Ello es, hermano, que algo podrá ser de lo que usted dice; pero esta ocasión creo que no, y me fundo en que las dos aseguran una misma cosa, y no es posible que la madre y la hija se histericaran ni deliraran á un mismo tiempo. Pues señor D. Dionisio, dijo el coronel, si ese es todo el fundamento que usted tiene, haga cuenta que nada vale, porque no hay una razón que la sostenga. No solo es posible sino muy natural que una señora pusilánime y preocupada como mi hermana, se intimidara y se persuadiera de que ve á los espectros que aseguraba mi sobrina. Esta se espantó, gritó y conmovió el espíritu asombradizo de su madre, la que predispuesta á creer que los diablos y muertos nos visitan cuando se les antoja, no dudó de la verdad de Pomposita, ni se detuvo á examinar la causa de su espanto, sino que llena del mismo susto, solo trató de socorrerla, y tal vez en su fantasía se pintó algo de lo que dice.

No me hace fuerza que haya tanta credulidad acerca de estos espantajos. Las malditas viejas con sus cuentos y patrañas acobardan á los niños, llenan sus cabezas de imágenes funestas y sombrías, y los acostumbran, aun cuando tratan de divertirlos, á creer todo lo maravilloso á lo divino y á lo humano; esto

es, contándoles cuentos y ejemplos falsos. ¿Qué mucho es que estos niños cuando grandes crean con la mayor firmeza todas las boberías que aprendió su fantasía desde tiernos? Mucho cuidado tuve en apartar de Pudenciana estas viejas cuentistas y dañosas. ¡Qué sé yo si me habrá valido!

No hay peor desgracia que llegar á vieja, señor D. Rodrigo, dijo tia María muy enojada, ¡mire usted qué tema tiene con las viejas.! Yo no lo digo por usted, señora.—No, ni lo diria usted, porque yo aunque soy vieja, ni soy embustera ni soy tonta. Sé muy bien donde me aprieta el zapato, y cuando cuento alguna cosa de espantos, ó los he leído, ó los he visto, ó me los han contado personas muy justas y fidedignas; pero usted nada cree: yo no he visto hombre mas incrédulo, y con razon dudo yo si será cristiano de veras.

Si lo soy por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, respondió riéndose el coronel: soy cristiano, pero no muy bobo para creer cualquiera cosa. Estoy reñido con mil preocupaciones que corren bien recibidas en el vulgo, y los espantos son unas de ellas. —¿Pues qué no hay espantos, en resumidas cuentas? —Sí los hay, y muchos. El espanto no es sino una perturbacion del ánimo que induce al temor mas ó menos violento, y no hay ni un solo hombre que no se espante alguna vez, por valiente y despreocupa-

do que sea. La diferencia es que el hombre de esta clase refrena su temor y hace lugar á la reflexion sobre la causa que lo espanta en el mismo acto del susto; de lo que se sigue el desengaño, su serenidad, y la mayor dificultad que tiene para espantarse otra ocasion con el mismo objeto y en iguales circunstancias.

No así el preocupado cobarde: este se espanta cada rato, porque sin ecsaminar la cosa que lo asusta, suelta la rienda á la pasion del temor, y entonces ó huye despavorido, ó se rinde á un desmayo, ó tal vez á la muerte, si su corazon es muy chico, y la apariencia del espanto muy grande.

En todos estos casos se le cierra la puerta al desengaño, el espantado queda tenazmente persuadido á que fué realidad lo que vió, y de aquí resulta que se vuelve incurable y mas espantadizo cada dia. Veán ustedes lo importante que es á los principios hacernos fuerza para ecsaminar la causa que nos espanta.

Ese es el cuento, decia la beata, que nos pudiéramos detener en el instante que nos asustamos. ¿Quién habia de tener esa paciencia? Entoncés era señal de que uno no se asustaba.—Pues, señora, el que se enseña á tener esa paciencia, aprende á no asustarse, porque llega á saber por esperiencia propia que casi todos los espantos son efectos de nues-

tra imaginación dirigida por la ignorancia.—¡Ah! ¿conque solo los tontos se espantan?—A lo menos, son los mas espuestos á espantarse, y las mas veces con frioleras.

En dos palabras, hermano, decia Doña Eufrosina: usted lo que quiere es hacernos creer que apenas hay milagros, y que los muertos y el demonio jamas se aparecen á los hombres. ¿No es esto?—No tanto, hermana; pero muy cerca está usted de adivinarme. Dios es poderoso para hacer muchos milagros: los ha hecho, hace y hará hasta el fin del mundo; pero no sin necesidad, á nuestro antojo, ni siempre que los apetecemos. El demonio y los cuerpos de los difuntos se han representado á la vista de los hombres, pero muy raras veces: y fuera de las que nos aseguran las sagradas letras, que son bien pocas, y de las que la Iglesia califica por ciertas, que no son muchas, las demas las tengo por patrañas y cuentos de viejas

Y ¡dale con las viejas! señor coronel, decia la beata, ¿qué les habrá usted visto á las viejas? Pues lo cierto es que usted ya no es muchacho, y tan burros hay entre las viejas como entre los viejos.—Esto está en opiniones, mi señora; mas esto no es del caso. Yo voy á ver si consigo convencer á ustedes en favor de mi opinion, para que no sean tan espantadizas. Diga usted, el que cree fácilmente la multitud de

espantos que se cuentan y se leen, no puede menos que ser un sacrilego, porque se forma un concepto muy injurioso á la Deidad Suprema; ó cuando no lo culpemos tan severamente, es menester asegurar que es tonto de primera clase..... ¡Vaya! no hay que arrugar las cejas. Atienda usted.

Si tuviera usted un hijo pequeñito, ¿se pondria de propósito á espantarlo sabiendo que le habia de resultar de esto un gran mal?—Seguramente no.—Menos permitiera usted que los criados de su casa lo espantaran.—¡Ya se ve que no! ¿cómo se los habia de permitir?—¿Y se persuade usted á que habrá algun padre que así lo haga?—Es cosa que no puedo creer, porque semejante crueldad es agena del amor de padre.—Pues bien: yo pienso que usted, hermana, vive entendida en que Dios nos ama infinitamente mas que el padre mas tierno á sus hijos.—Así lo debo creer precisamente, y lo creo en efecto.—Pues ahora se halla usted en el estrecho de confesar que el que cree esa multitud de espantos de demonios, y apariciones de muertos que se cuentan entre el vulgo, ó es un necio que da entrada libre en su cabeza á estas farándulas, sin hacer el uso mas mínimo de su razon, ó es un impío que juzga á Dios capaz de cometer con sus criaturas la crueldad que no cometeria un mortal miserable con sus hijos. ¿Qué dice usted?—Cierto que no sé que responder; pero yo